

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS (C)
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
27 de mayo de 2007
Rm 8, 8-17

Cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua. Lo decían los primeros testigos de Pentecostés. Y lo podemos decir también nosotros, hermanos y hermanas amados. También en nuestra lengua y en todas las lenguas del mundo oímos *hablar de las maravillas de Dios.*

Y no sólo oímos hablar de estas maravillas. Sino que nosotros mismos somos su objeto. Nos ha sido dado el Espíritu que vino sobre los apóstoles y la primera comunidad cristiana como fruto granado de la Pascua de Jesucristo. Lo hemos recibido en el momento de nuestra iniciación cristiana, con el bautismo y la confirmación; y lo hemos recibido, no como un don momentáneo, pasado o estático, sino como principio vital que dinamiza nuestra vida de cristianos. *El Espíritu de Dios habita en vosotros* nos ha repetido más de una vez san Pablo en la segunda lectura. *Habita*, así en presente, no como uno hecho pasado. Y si *habita* en nosotros quiere decir que lo tenemos dentro con toda su capacidad de infundir vida. Sí, el Espíritu del Pentecostés nos penetra. Exultamos, pues, y bendigamos al Señor maravillados ante su grandeza y la manera cómo nos hace participar en ella.

Para considerarlo brevemente, os propongo centrarnos en lo que nos ha dicho santo Pablo en el fragmento de la carta a los cristianos de Roma que hemos escuchado. El Apóstol parte del hecho que los bautizados hemos sido renovados y transformados por el Espíritu Santo que nos ha dado a Jesucristo y que, por lo tanto, podemos obedecer la voluntad de Dios, no como una imposición externa a nosotros, sino como fruto de la vida nueva que nos ha sido otorgada. En otras palabras, eso significa que, cuanto más nos dejamos llevar por el Espíritu, más brotará en nuestro interior una manera de ver y hacer según el Padre de Jesús y nuestro.

En este contexto, san Pablo nos ha hablado de la acción del Espíritu en nuestra vida presente y de la acción del Espíritu en nuestra muerte. Evidentemente, tal como acabo de decir, no es una acción que nos obligue a obrar haciendo violencia a nuestra libertad. La acción del Espíritu es como una brisa suave que, si le abrimos libremente el corazón, nos ayuda a vivir y a actuar vigorizando nuestra libertad débil, condicionada por el egoísmo y el pecado. En la vida presente, pues, la acción del Espíritu que *habita* en nosotros nos lleva a no vivir de acuerdo con los criterios que satisfacen nuestros instintos y nuestras pasiones que esclavizan nuestra debilidad humana y que no la dejan vivir con libertad y plenitud. Al contrario, la acción del Espíritu nos lleva a vivir según el amor, el gozo, la paz, la benevolencia (cf. Ga 5, 22), y va suscitando un movimiento interior de libertad evangélica. Por eso, san Pablo hablaba, todavía, del doble movimiento de la vida humana. Mientras el cuerpo va hacia el envejecimiento y la muerte, el alma de quien es dócil al Espíritu -su yo más profundo, podríamos decir- va adentrándose en la vida nueva, divina, y progresa hacia la eternidad jubilosa. Lo hace con la esperanza de que también el Espíritu resucitará su cuerpo, tal como *resucitó el de Jesús*. En cambio, el Apóstol nos dice también que si uno se encierra voluntariamente y decididamente en sus pasiones y egoísmos, sin abrirse a la gracia, su cuerpo va progresando hacia la muerte, pero su alma -su yo más profundo, tal como decía- también se va resecaando, con el peligro de cerrarse a Dios para siempre.

El Espíritu, pues, se une a nuestra debilidad para vigorizarnos y ayudarnos a vivir, no según los deseos terrenales y *las obras propias de la carne*, sino según Dios, en la vida nueva que el bautismo ha inaugurado en todos los que estamos unidos a Cristo. Y no sólo eso. El Espíritu mueve nuestro deseo más profundo de comunión con Dios Padre y unido a nosotros *nos hace gritar: «Abba, Pare!»*. Nos hace invocar al Dios que está más allá de todo lo que podemos imaginar, al Dios omnipotente y grande, con este nombre tan familiar de *Padre*, en la forma propia del lenguaje infantil: papá. Es una expresión afectuosa y tierna, que Jesús utilizaba en su coloquio íntimo con el Padre del cielo. El Espíritu, pues, pone en nuestro corazón y en nuestros labios esta invocación, porque siendo como somos de hijos adoptivos de Dios participemos de la filiación de

Jesús. Eso pide que llevemos una vida filial, identificada con Jesucristo. Lo cual no se puede hacer sin trabajarse espiritualmente y comprometerse en el servicio y en el testimonio, aunque no siempre sea fácil y a veces comporte dolor, comporte participar de los sufrimientos de Cristo.

También en la hora de la muerte el Espíritu Santo actúa. Él, además de ayudarnos a vivir la filiación divina en la vida temporal, en el momento de la muerte transforma nuestra existencia y nos hace entrar con Cristo en la herencia eterna que el Padre ha dado a su Hijo resucitado. Es el término de la vida en Cristo. El que se ha identificado con él, en su filiación, en su participación en sus sufrimientos, por el Espíritu, llega *a ser glorificado con Cristo*. La celebración de la Eucaristía, hecha fecunda por el Espíritu, nos hace participar en este misterio de muerte y de vida.

Cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua. Que lo puedan decir también los que entren en contacto con nosotros, al ver que en el nuestro hablar y en el nuestro hacer procuramos ser dóciles al Espíritu. Tenemos que ofrecer a nuestra sociedad plural el testimonio de la vida nueva y de la nueva visión de las personas y de los acontecimientos que nos viene de la fe cristiana.

Hoy que son elegidos los representantes de los ciudadanos que tienen que administrar los ayuntamientos y los otros organismos que les están relacionados, invoquemos la luz del Espíritu sobre los que saldrán elegidos y sobre el conjunto de la población. Y confiémonos a Santa María que desde Montserrat vela por nuestro País.